



EL CELULAR

y nuestra vida interior

En las primeras décadas del siglo pasado se comenzó la fabricación en serie de automóviles y esto cambió para siempre el modo en que la humanidad se desplazaría. El



puesta una tendencia a invadir la intimidad de la vida familiar. Tanto que en las regulaciones que están apareciendo se contempla el derecho a la **desconexión digital**.

Pero ahora queremos llamar la atención sobre otra cosa: ¿Cómo influye internet en nuestra vida

interior? O mejor: si su

uso transformó nuestra subjetividad, ¿qué espacio tiene la vida interior en el naciente **homo interneticus**?

Al hablar de vida interior nos referimos a esa dimensión de lo humano en que se vive para adentro. No es sólo el recogimiento de los sentidos, ni lo que percibe la conciencia. Es todo lo que se da en el corazón. Es el núcleo de sentido, la fuente de energía, el espacio donde maduran las convicciones que conducen nuestra vida. Es también el lugar donde nos **religamos** con Dios, en el que buscamos contemplar -como diría San Juan de la Cruz- **los ojos tan deseados que tengo en mis entrañas dibujados**.

El papa Francisco en su encíclica **Laudato Si'** explica que el daño que le estamos haciendo al planeta tiene una de sus raíces en la globalización del **paradigma tecnocrático**. En palabras sencillas: Nos acostumbramos a tratar a la naturaleza como si fuera una máquina. La vida

muerte de jóvenes.

Tal vez algo análogo esté sucediendo en nuestro tiempo con la irrupción de internet en nuestras vidas. No pasó un cuarto de siglo desde que se popularizó en nuestro país y ya hace tiempo que sentimos que nos cambió para siempre. Diariamente llevamos en el bolsillo la posibilidad de conectarnos con quien sea, de escuchar cualquier música, de leer cualquier libro, de mirar cualquier película, de hacer cualquier pregunta. En la actual crisis sanitaria mundial esa capacidad de conectarnos resultó una verdadera bendición. Cuesta imaginarnos una cuarentena sin internet.

Pero nada es perfecto. Y el brillo de un beneficio innegable no nos dispensa de analizar sus costos. Un ejemplo muy actual en tiempos de pandemia es el teletrabajo. A la vez que mostró enormes posibilidades dejó ex-

entusiasmo general ante esta maravilla de la técnica pronto encontró una sombra: Los accidentes de tránsito. Cuentan que las primeras muertes, a la asombrosa velocidad de 7 km/h, causaron una gran impresión en la sociedad. Seguramente no faltó quien declamara que todo el progreso del mundo no vale una vida. Pero la historia siguió su curso y la relación costo beneficio resultó ampliamente favorable para los vehículos a motor. Hoy son el principal medio de desplazamiento en todo el planeta y convivimos con el hecho de que -según la OMS- cada año mueran 1,25 millones de personas en siniestros viales o que en un país como Argentina sean la primer causa de



tiene sus ritmos, la tecnología otros. Un robot puede trabajar las veinticuatro horas, una persona no. La tierra nos ofrece sus frutos, pero necesita tiempo.

Algo parecido nos puede pasar con el arraigo del uso de internet en nuestro ritmo vital. Nos acostum-



La tecnología -hoy omnipresente en nuestras vidas- no favorece la vida interior y eso, que tantos riesgos nos trae de vivir una vida menos humana, tiene también sus peligros para nuestra vida de fe.

La fe es ante todo una entrega a Dios. A un Dios que nos amó primero, sin ningún mérito de nuestra parte. Es una fuerza que nos impulsa a dar un salto hacia Dios en un movimiento de respuesta a su amor y que lleva a amar a los que Dios ama, a todos. Ese encuentro y ese movimiento de amor toma toda la persona, pero nace de lo más íntimo del corazón. Tener sepultada la vida interior por una saturación de estímulos deja a la fe sin raíces. Vivir corriendo tras los impulsos emocionales nos condena a una fe superficial, a buscar permanentemente emociones religiosas, a vivir con apenas un barniz de cristiano.

La vida humana tiene sus ritmos. Y necesita cuidado para su desarrollo.

La vida humana tiene sus ritmos. Y necesita cuidado para su desarrollo. Es muy útil viajar a 120km/h, pero esa velocidad me puede costar la vida si no me cuido. Lo mismo vale para mi espíritu. Mi vida interior necesita que la cuide y en el bolsillo llevo un enchufe a un ritmo que puede empobrecerme como persona y como cristiano. Los evangelios cuentan que Jesús después de atender a una multitud y alimentarlos con cinco panes y dos pescados se retiró a la montaña a rezar. Como le escuché decir a un joven amigo, **Jesús sabía ponerse en modo avión...** ★



bramos a una velocidad de vértigo y nuestro espíritu necesita su tiempo para asimilar lo que recibe. La sabiduría va madurando en un lento proceso de acumulación de sentires y vivencias.

Vivir en un torbellino de distracciones nos hace seres superficiales y -por tanto- fácilmente manipulables. No hay que ser ingenuos y olvidar que el fin principal de internet es comercial. Google antes que un fabuloso oráculo es una enorme empresa de publicidad. La lógica comercial se lleva mejor con personas que deciden, no según convicciones profundas, sino impulsados por sus emociones. Se propone como ideal de felicidad el vivir saltando de

La vida humana tiene sus ritmos. Y necesita cuidado para su desarrollo.

una distracción en otra. *“Hay que divertirse, la vida es corta”* se dice, y no reparamos que con ese eslogan además de corta se la hace estrecha. La vertiginosa estimulación que recibimos de internet ayuda a que -desde pequeños- naturalicemos la lógica de consumo (**“niños de pantalla bienvenidos al mercado”** cantan Ciro y los Persas).

Estas consideraciones podrían extenderse y presentar matices, pero con lo dicho hasta aquí alcanza para entender el punto que queremos destacar: